



Lucio V. Mansilla

Júpiter

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Lucio V. Mansilla

Júpiter

Al señor doctor don Guillermo Udaondo

*...Il ne savait pas encore, en montant
l'escalier, comment il s'y prendrait pour
l'aborder: mais il se fait à son instinct.*
(El príncipe de Ligne, yendo a visitar
a Juan Jacobo.)

No sé por dónde empezar. Lo declaro ingenuamente, por más que ustedes no lo crean. Yo sé que ustedes están acostumbrados a verme salir airoso de los atolladeros confidenciales en que me suelo meter. Pero es que esta vez la confidencia se refiere a personas impecables, que el conflicto viene precisamente de ahí.

Y en efecto ¿qué cosas interesantes puedo yo tener que decirles a ustedes de mi hija, de mi persona y de mi perro? De mi perro Júpiter, que no es el perro de Bismarck, ese perro histórico, que desempeña un papel tan importante en la vida del gran canciller.

Mi perro no me ha servido, hasta ahora, para conseguir que los sastres y los zapateros que me visten y me calzan sean puntuales.

Yo sé que mi perro es muy inteligente, que él me conoce a mí mejor que yo a él. Pero aunque yo sea mucho más inteligente que él – lo que no les permito a ustedes poner en duda -, no habiendo nacido indudablemente con el don envidiable de entenderme con animales, no se me ocurre mediante qué educación yo podría hacerle entender a Júpiter lo que se cuenta que Bismarck ha tenido el talento de hacerle entender a su perro:

Esto.

-¿Ves ese hombre?

El perro, mueve la cola de abajo para arriba, quiere decir *sí*.

-Bueno, es mi zapatero – le estoy diciendo -, que si mañana, antes de mediodía no me lleva las botas que le he encargado, tú vendrás aquí...y, ya sabes...

El sabueso no necesita más explicación.

Tiene el rabo parado, lo baja, y estoy quiere decir: ya estoy.

Y tan quiere decir “ya estoy”, que si al día siguiente, antes de mediodía, Bismarck no recibe sus botas, el zapatero está expuesto a ser devorado por el formidable coadjutor.

Yo sé bien que los rudimentos de lo que habitualmente consideramos bases verdaderas de la personalidad, existen, a no dudarlos, en un grado más o menos marcado, en los animales inferiores al mismo perro. Pero, ¿qué quieren ustedes?, yo medio entiendo a los hombres, algo a las mujeres, que son al hombre lo que un jeroglífico egipcio es a la lengua latina, mucho más difícil de descifrar y, a la edad que tengo, hasta ahora he conseguido hacerme entender de los *brutos*.

¡Ah!, ¿por qué no soy yo Bismarck? ¡Y qué cosas no le enseñaría yo a mi perro! ¡Y cómo se haría entender él de mí! – entendiéndome a la vez, mucho más de lo que me entiende ya.

Mi perro Júpiter, he dicho. Es un modo de hablar. Júpiter pertenece a mi hija Esperanza. Ella me lo ha dejado hasta que vuelva, y como en una de sus últimas carta me habla de él, pidiéndome noticias suyas, con interés, y extrañando que al mentarlo, en una de nuestras conversaciones anteriores, haya sido tan lacónico, diré bíblicamente: Júpiter, hijo de Lord, hijo de Sara – cuadrúpedos de mi pertenencia, son alemanes, y están actualmente en la provincia de Santa Fe, donde llaman la atención, como ya la llamaron aquí, entre los aficionados a perros, por su tamaño colosal.

Lord es todo un señor perro. Imaginaos que en el Pergamino, donde lo acompañaba a mi yerno, el ingeniero Jorge A. Perkins, el cual construía a la sazón un ferrocarril, imaginaos, repito, que él era allí el que se levantaba más temprano, el que iba al mercado. Primero, traía la canasta para el consumo de la casa; en seguida se traía lo suyo, y el cocinero no tenía más que poner la olla al fuego.

Júpiter es digno hijo de Lord en ciertas cosas, como yo lo soy de mi padre. El doctor Udaondo está en estas confidencias y, como él ha sido el médico de mi hija Esperanza, no sana aún, por mi desgracia, a él, no a ella, le cuento directamente lo que se va leyendo.

Y esto dicho, agregaré en obsequio de mi hija, debilidad que los padres comprenderán mejor que sus vástagos de ambos sexos, cuál es la vida de Júpiter.

Hay gentes de talento, instruidísimas, sapientísimas, que me encontrarán de una frivolidad inaudita, afligente. Esas gentes no han pensado nunca en suicidarse, seguro.

Son gentes que no han conocido nunca el *spleen*, que no se han aburrido nunca, que nunca han estado desesperadas, que sólo saben lo que es el *egoísmo*, que no entienden jota de *altruismo*, que, por consiguiente, harán todo en su vida, menos lo que se cuenta del perro de Montrichard.

Este perro era lo que en lenguaje perruno se llama un *guión*, alto, hermoso, blanco con pintas amarillas, vagaba y no tenía collar; se había quedado, como decimos acá, con suma propiedad, *guacho*.

Alguien lo recogió, dándole hospitalidad. Inútilmente buscóse su dueño en todas direcciones. Durante ocho días, el perro iba y venía siendo cortas sus ausencias.

Una vez, por primera vez, no vino en todo el día. Volvió al siguiente y fue sin embargo bien recibido.

Pero otra vez, la segunda, estuvo ausente ocho días y fue recibido a latigazos.

El pobre animal partió en el acto, se fue derecho al río, y en presencia de muchas personas que allí estaban, entró resueltamente en el agua para ahogarse, y se ahogó.

Un perro que se ahoga voluntariamente, desesperado, a causa de una mala recepción, ¡he ahí un hecho raro!

¿Cuántos de ustedes sin ser perros, recibidos como tales, han tenido la idea de suicidarse? ¡Ah!, cuán cierto es que *altro e parlar di morte, altro e morire*.

Vaya con el tal Júpiter, ¿y para qué me habré metido yo a hablar públicamente de él?

¿No habría sido mucho mejor decirle todo esto a mi hija en una carta íntima, contestando a la suya, que ha visto su médico?

Pero, si en todas partes hay padres y hay hijos, y mis móviles son comprensibles, yo diré aquí en justificación mía lo que se ha dicho por la crítica de Carlos Dickens, que la gloria del más inglés y del más londinense de los novelistas ingleses consiste justamente en haber sido el más cosmopolita de todos ellos, y, de ahí, el menos nacional. Bueno, yo seré el

más (si pongo menos, no sale bien la frase) nacional de los escritores argentinos, pero soy tan padre como el más pintado, y si esto no arguye en mi favor y no me abona, soporten ustedes que les diga que no tienen corazón.

En los anales de las religiones, el escritor francés Guimet cuenta que los japoneses, así que se levantan, van a desparramar arroz en un altar, adornado de pequeñas divisiones, en las que están consignados los nombres de sus antepasados. En seguida, asegurado, por decirlo así, el alimento de la prosapia, el japonés hace un examen de conciencia, para saber si sus actos, los realizados durante las últimas veinticuatro horas, podrán ser o no desaprobados por la progenie, cuya lista tiene ante sus ojos.

Como ustedes saben, yo no soy japonés, ni mi origen es japonés, ni tengo facha de japonés, ni vivo como japonés. Vivo, según es pública voz y fama, lo mismo que cualquiera de ustedes y con esta pretensión: ser quizá tan mal marido como ustedes, pero un excelente padre de familia, por más incongruentes e inconciliables que las dos afirmaciones puedan parecer.

Yo me confieso, sin embargo, todos los días.

No se asusten ustedes.

¿Con quién?

No lo hago en la iglesia de miedo que el confesor, que es un hombre como yo, se caiga de espaldas.

Me confieso en mi casa – y no con mi secretario, que le puede contar mis pecados a su esposa -, sino conmigo mismo.

Todo hombre tiene siempre una mujer, propia o ajena, una amiga predilecta, a quien contarle lo que no debe.

Pocas virtudes son tan difíciles como la que consiste en guardar un secreto.

Mi confesión tiene, como se ve, muchas ventajas. Yo la denomino mi “careo espiritual”, y la recomiendo a ustedes.

Al efecto, y siendo, como ustedes saben, doble la humana naturaleza – materia y sustancia, cuerpo y espíritu; bestia aunque no tengamos cuatro patas (el diccionario no da otra definición de bestia) y animales racionales -, yo me divido todas las noches, antes de acostarme, en dos personas.

La una es un personaje: se llama el señor general don Lucio V. Mansilla. Ustedes creen conocerlo. Tanto mejor.

La otra es un simple prójimo de ustedes, se llama Lucio Victorio; Lucio, porque así se llamaba mi padre, Victorio, porque perteneciendo mis progenitores a la comunión católica apostólica romana, así me pusieron, en la pila, en razón de ser la fiesta de Santa Victoria Mártir, el 23 de diciembre. Perdonen ustedes esta digresión o reminiscencia del almanaque.

Todas las noches, pues, cualquiera que sea la hora en que me recojo, hay en mi casa unos coloquios divinos, a veces unos escándalos mayúsculos, que por fortuna no requieren la intervención de nuestro querido Alberto Capdevila, el jefe de Policía.

¿Saben ustedes entre quiénes?

Entre el general Mansilla y Lucio Victorio.

Ahora ya nos hacemos viejos los dos, y ahora ya no sucede con tanta frecuencia como antes, lo que le sucediera al general Córdoba, al héroe de Ayacucho.

¿Conocen ustedes la anécdota?

Se la contaré:

El general Córdoba se miraba al espejo y se veía de cuerpo presente, como decía doña Brígida Castellanos, en vez de cuerpo entero, pidiéndole a Fernando García que le hiciera su retrato, y mirándose se preguntaba:

¡Córdoba!

¿Qué te falta?

Eres joven, eres bello, eres general a los veinticinco años, te has distinguido en Ayacucho, eres afortunado en el amor, eres rico...

¡Córdoba!

¿Qué te falta?

En ese momento el asistente entraba, y contestando a la interrogación, agregó como un eco de la conciencia del general:

-¡Juicio, mi general!

Córdoba dio vuelta; miró, y exclamó a su vez:

-Estos animales tienen siempre razón.

Ahora, repito, sucede otra cosa; no es juicio en la acepción moral lo que me falta, si alguna vez me faltó. No, la facultad para distinguir el bien del mal y lo verdadero de lo falso, ya lo poseo. ¡Pues no faltaba otra cosa a la hora que es!

Los errores, las equivocaciones, las torpezas, pertenecen a otro orden de ideas.

Bien resulta de lo que dejó dicho, que hay noches en las que Lucio Victorio está contento del general; otras, en las que el general está contento de Lucio Victorio, y viceversa, noches en las que el general suele decirle a Lucio Victorio: ¡pero hombre, qué bárbaro has estado hoy, qué indiscreto, qué imprudente!; noches en las que Lucio Victorio suele decirle al general: pero amigo, qué mal sentido el suyo; y noches en las que los dos se acuestan casi contentos, no recordando haber hecho ninguna zoncera.

Bueno, y aquí es con mi hija ausente con la que hablo, se trata de su perro, de Júpiter, teniendo, como tengo, que acusarme de una brutalidad.

Júpiter dormía en mi aposento. El hombre busca siempre “alguno como perro” que lo acompañe. Pretendemos ser fuertes, y no somos sino supersticiosos.

Yo estaba como una piedra en brazos de Morfeo. Pero como hay ruidos que conmueven hasta las piedras, despertóme el zamarreo de una puerta.

Era Júpiter.

Le hablo en su lengua, se sosiega...recobro el sueño. Un momento después, vuelta a las andadas. La escena se repite. Júpiter quería abrir una puerta.

¿Y qué puede querer Júpiter?, pensé yo.

Siempre dominados por los juicios temerarios, cuando se trata de los que queremos.

Ya estoy, me dije, Júpiter quiere irse al cuarto de Sebastián – mi sirvientito predilecto, como alguna otra vez lo he dicho -, y el que, como todos los muchachos tiene un gran imán para los perros.

Confieso mi flaqueza, mi envidia, mi rabia, mis celos..., tuve celos de Sebastián, y como un argumento concluyente, para hacerme amar, tomé un bastón y le di unos palos a Júpiter, que si se encrespa me quita probablemente el palo, y todo quedó en el más profundo silencio...y el general Mansilla, que es un hombre muy varonil, según dicen, no todos, contentísimo de la energía de Lucio Victorio.

Por la mañana, muy temprano, cuando me trajeron antes de montar a caballo la primera taza de café – tomo hasta veinte por día -, no se podía aguantar en mi cuarto; Júpiter,

reducido a la última extremidad, había hecho allí lo que necesitaba, que no era ir a ver a Sebastián, que no era una infidelidad.

Lucio Victorio se sintió indignado del general que había estado brutal, lo increpó, y después de un largo altercado entre el hombre público y el hombre privado arribaron a esta conclusión:

Cuando oigamos golpear nuestra puerta, no nos apresuremos a decir: ahí viene alguien a molestarnos, sino todo lo contrario; pensemos más bien que algún necesitado pide permiso para entrar, y abramos nuestras puertas de par en par.

De lo contrario, el general o Lucio Victorio harán, sin quererlo, alguna como la de Júpiter.

Y con esto, hija mía, que Dios te tenga en su santa guarda, y al lector, si esto es apólogo, que le aproveche.

Lo que es a mí, no me queda sino un escrúpulo, el haber estado un poco zurdo queriendo complacer a mi Esperanza. Sírname de excusa lo que a tantos excusa: el ser padre, por activa y por pasiva, porque lo que he escrito es obra mía – como lo eran las fábulas de La Fontaine, de su autor, el que por más sabio que fuera no se atrevió a confiarlas a la publicidad sin exclamar primero:

*Et si de vous agréer, je n'emporte le prix
J'aurai du moins l'honneur de l'avoir entrepris.*

El presente libro ha sido digitalizado por el voluntario Gonzalo Pedro Pagani.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).